XV Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2023.

Infiltrados, perversos y manipuladores: figuras de la enemistad y postulados supremacistas en las obras de Osiris Villegas y Agustín Laje.

Gabriel Montali.

Cita:

Gabriel Montali (2023). *Infiltrados, perversos y manipuladores: figuras de la enemistad y postulados supremacistas en las obras de Osiris Villegas y Agustín Laje. XV Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: https://www.aacademica.org/000-025/499

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto*. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: https://www.aacademica.org*.

Infiltrados, perversos y manipuladores: figuras de la enemistad y postulados supremacistas en las obras de Osiris Villegas y Agustín Laje

Autor

Gabriel Montali

Resumen

El objetivo de este trabajo es establecer continuidades y rupturas en las formas de construcción de la alteridad político-ideológica en las obras de Osiris Villegas y Agustín Laje, dos actores de relevancia dentro del campo intelectual de las derechas argentinas entre la segunda mitad del siglo XX y la actualidad. Partimos, para ello, de una doble hipótesis. Primero, que ambos definen al campo cultural como espacio clave para la articulación de una estrategia de defensa del *statu quo* cristiano, occidental, capitalista. Y segundo, que dicha estrategia apela a la confección de un enemigo en común en tanto recurso de interpelación y cohesión ideológica de sus lectores. En ese sentido, aunque sus obras difieren en cuanto a la caracterización de esa figura y en cuanto al papel que asignan a las Fuerzas Armadas en ese marco de conflictos, coinciden en lo que aquí consideramos esencial: la representación del enemigo como una amenaza para la subsistencia de la nación y, junto con esto, el desarrollo de perspectivas supremacistas en torno al capitalismo y el cristianismo desde las cuales se rechaza cualquier propuesta de transformación del orden vigente. A estos fines, el artículo realizará un análisis comparativo entre el ensayo titulado *Guerra revolucionaria comunista*, publicado en 1962 por el teniente coronel Osiris Villegas, y la sección escrita por Laje para *El libro negro de la nueva izquierda* (Laje y Márquez, 2016).

Palabras claves

Enemistad, marxismo, postulados supremacistas, intelectuales, política.

Introducción

Comencemos por formular unas inquietudes: ¿qué tanto hay de novedoso en las nuevas expresiones de las derechas? Es decir, ¿qué tanto se diferencian de sus antecesoras? ¿Acaso no replican los discursos que caracterizaron a estas corrientes en el período previo a 1983? ¿Acaso no hay un común denominador situado en la radicalización ideológica, la xenofobia y el rechazo de cualquier iniciativa que asuma principios de solidaridad con los sectores excluidos? Y de ser así, ¿eso significa que estamos ante la reemergencia de una cultura política golpista, dispuesta a interrumpir los procesos democráticos mediante la práctica del *lawfare* y el empleo sistemático de *fake news*? ¿O acaso estamos ante otro tipo de fenómeno, propio de un nuevo contexto, de nuevas experiencias y de nuevas modalidades de interpelación de la ciudadanía?

Para empezar, puede decirse que estas inquietudes, así como los discursos de las derechas contemporáneas, han ganado visibilidad en un período signado por tres factores. De acuerdo con especialistas como Maristella Svampa (2016), Julia Expósito (2021), Matías Saidel (2021) y Pablo Ponza (2021), el primero se vincula al escenario de recesión global desatado a mediados de 2008, escenario que repercute en la Argentina al menos desde 2012 y entre cuyos múltiples efectos se destaca la consolidación de las corrientes liberal-conservadoras como una alternativa competitiva en términos electorales. El segundo factor, en tanto, apunta a la emergencia de los movimientos trans-feministas como principales colectivos de oposición a las matrices del neoliberalismo y el patriarcado. Precisamente, la configuración de este fenómeno en torno sucesos como las marchas contra los femicidios y por la sanción de la ley 27.610, que regula la interrupción voluntaria del embarazo, parece haber ofrecido a las derechas la posibilidad de construir una nueva alteridad político-ideológica. Nos referimos, con esto, a la imagen de un nuevo enemigo que parece haber incrementado la eficacia de sus discursos en sus intentos de interpelación de la ciudadanía. Por último, el tercer factor remite a una de las estrategias de posicionamiento político de estas corrientes.

Se trata del fortalecimiento del campo cultural como ámbito clave en las disputas para definir vías de resolución de estas problemáticas (Goldentul y Saferstein, 2020). Recordemos que las expresiones de derechas que aquí nos interesan, con Laje como caso emblemático, focalizan sus actividades en la publicación de libros y en sus intervenciones en los medios de comunicación. En parte porque entienden que la hegemonía se construye en los procesos de producción de sentido, es decir, aquellos en los que se dirimen los axiomas de un modelo de convivencia colectiva. Y en parte, también, porque estos soportes les ofrecen una tribuna de socialización desde la que pueden forjar vínculos estrechos con sus lectores, tanto a nivel político-ideológico como en los planos afectivos y emocionales.

En efecto, la centralidad pública que han logrado los imaginarios de derechas no sólo se observa en la competitividad electoral de figuras como Jair Bolsonaro, Luis Lacalle Pou o Javier Milei. El suceso editorial y mediático del politólogo Agustín Laje, con presentaciones a sala llena en la última edición de la Feria del Libro de Buenos Aires (2023), refrenda los esfuerzos de estos actores por ganar espacio dentro del campo cultural. Vale la pena detenerse en algunas cifras que confirman este fenómeno. Además de contar con casi dos millones de seguidores en su canal de Youtube, unos novecientos mil en Instagram, más de setecientos mil en Twitter y casi seiscientos mil en Facebook, *El libro negro de la nueva izquierda* ya llevaba vendidos veinte mil ejemplares hacia el año 2020 (Goldentul y Saferstein, 2020). El éxito de este trabajo, publicado en 2016 por el sello Unión, catapultó a Laje hacia las grandes firmas de la industria editorial. Tanto es así que sus últimos textos, titulados *La batalla cultural* (2022) y *Generación idiota* (2023), fueron publicados por el grupo Harper Collins, empresa norteamericana que integra la News Corporation del magnate Rupert Murdoch (Saferstein, 2023). De hecho, *Generación idiota* superó los veinte mil ejemplares en sus primeros cuatro meses de venta, a lo que hay que añadir sus conferencias, entrevistas, las intervenciones que realiza en sus redes sociales y sus presencias cada vez más recurrentes en los ciclos televisivos de Viviana Canosa y Eduardo Feinmann, ambos en La Nación+. Todo un ingente esfuerzo pedagógico que parece convalidar la disyuntiva en la que se encuentran estas corrientes: o bien profundizan su compromiso con el juego democrático, tal como parecen sugerir sus desempeños en los circuitos cultural y electoral; o bien se encaminan hacia una senda de radicalización que promueva métodos cada vez más reñidos con la poliarquía (Morresi, Saferstein y Vicente, 2021).

En ese sentido, el presente trabajo se propone contribuir al análisis de estas inquietudes a partir del abordaje de dos obras emblemáticas dentro de las tradiciones de pensamiento de las derechas argentinas. Una de ellas es *El libro negro de la nueva izquierda* (Laje y Márquez, 2016), donde se indagará sólo la sección escrita por Laje; y la otra es *Guerra revolucionaria comunista*, publicada en 1962 por el entonces teniente coronel Osiris Villegas. Cabe remarcar que ambos autores comparten una línea de afinidad ideológica cuya máxima expresión es el rechazo de cualquier forma de protesta social y su consecuente caracterización como una amenaza promovida por el marxismo. Como veremos, esas afinidades abrevan en el repertorio de teorizaciones que adoptaron las Fuerzas Armadas latinoamericanas entre las décadas de 1960 y 1970. Se trata de las doctrinas de Seguridad Nacional y Fronteras Ideológicas, que tuvieron en Villegas a uno de sus más importantes divulgadores no sólo desde su rol como intelectual, sino también en su carácter de funcionario público. Recordemos que Villegas fue ministro del Interior del gobierno de José María Guido (1962-1963) y secretario del Consejo Nacional de Seguridad (CONASE) durante la dictadura de Juan Carlos Onganía (1966-1970). Dichas funciones, sobre todo en el curso del *onganiato*, le permitieron poner en práctica buena parte de sus premisas represivas contra la *amenaza comunista*, a punto tal que su incidencia sobre el sistema político le otorgó un papel protagónico en el proceso de radicalización de la conflictividad social que marcó la etapa previa al estallido del Cordobazo (1969).

A estos fines, partimos de una doble hipótesis en carácter de ejes interpretativos de estas obras y del escenario histórico-cultural en el que fueron publicadas. La primera hipótesis afirma que si estos autores consideran al campo cultural como espacio principal de lucha ideológica, ello no obedece únicamente a su percepción de que allí se gestan los procesos constitutivos de un determinado orden social, ni tampoco a las vías de contacto que las instituciones culturales les permiten establecer con audiencias masivas. Al mismo tiempo, para estos autores el campo de las ideas es el territorio en el que actúan sus enemigos. Dicho de otro modo, son los adversarios quienes han llevado la lucha hacia ese terreno. De ahí que ambos definan al

comunismo, en el caso de Villegas, y al marxismo trans-feminista, en el caso de Laje, como ideologías que operan en el plexo de la cultura con el fin de corromper las bases filosóficas, morales y espirituales que sostienen al *statu quo*. Y de ahí, también, que ambos propongan librar una batalla de signo contrario en ese terreno como vía estratégica principal para la defensa del orden cristiano-occidental-capitalista. Sus escrituras, por lo tanto, se constituyen como instrumentos de intervención política frente a conflictos que exigen actuar de manera urgente, ya que el enemigo, a su juicio, ha hegemonizado "las aulas, las cátedras, las letras, las artes [y] la comunicación" (Laje y Márquez, 2016: 12). De modo que en términos de Carlos Mangone y Jorge Warley (1994), puede afirmarse que se trata de *escrituras de combate*. Es decir, textos que no apuntan a comprender las ideas de sus adversarios ni mucho menos a indagar las circunstancias que las motivan, sino a encontrar los procedimientos más efectivos para persuadir al lector sobre la necesidad de adoptar una férrea actitud de oposición a los imaginarios de estos actores. Todo ello en una dinámica de producción sistemática de discursos que parten del libro como soporte de legitimación intelectual para luego proyectar sus teorizaciones hacia los medios masivos de comunicación.

La segunda hipótesis, por su parte, establece que las representaciones del adversario como un sujeto anómalo, o bien, como un *infiltrado* que amenaza las estructuras de la sociedad con su praxis de "intoxicación de los espíritus" (Villegas, 1962: 23), se instituyen desde lo que autores como Martín Vicente (2014) y Olga Echeverría (2018 y 2021) denominan como perspectivas supremacistas o exégesis de proyección totalizante. El origen de estos axiomas es un sentido común reaccionario que atraviesa, aunque con matices, a las distintas corrientes de pensamiento de las derechas argentinas. Nos referimos a la concepción las vertientes más ortodoxas del cristianismo y el capitalismo como principios consustanciales al ser humano. En otras palabras, como esencias ahistóricas o transhistóricas que delimitan los rasgos del verdadero orden social, a la vez que rechazan toda propuesta de transformación que no se corresponda con esos principios. Así, el resultado de estas exégesis es la configuración de un *ethos* que restringe la idea de libertad al ámbito del mercado, que limita el régimen de propiedad a la propiedad privada y que asume el concepto de disciplina como eje estructurante de un único modelo legítimo de comunidad. Una comunidad que al percibirse a sí misma como un cuerpo colectivo armónico y homogéneo, arraigado en tradiciones que supuestamente le son inherentes, resulta propensa a retratar a las otredades como sujetos patológicos que es necesario expulsar de la esfera pública. De ahí que las escrituras de intelectuales como Laje o Villegas respondan a los criterios de control biopolítico que caracterizan a los *discursos de exclusión* (Badiou, 2005), esto es, aquellos que tienden a proscribir las expresiones que implican alguna forma de desvío con respecto a su sistema de creencias taxativas.

Como se observará a lo largo del trabajo, esta clase de axiomas totalizantes constituyen una primera línea de continuidad entre las obras de ambos autores. A ello debe añadirse la representación del enemigo como un infiltrado y su caracterización en términos laxos o flexibles, ya que ambos extienden los idearios del comunismo a cualquier actor que despliegue algún tipo de crítica contra el *statu quo* vigente, sean agrupaciones de izquierda, líderes peronistas, trabajadores movilizados u organizaciones trans-feministas. Y por último, una tercera coincidencia es su retrato apocalíptico de la realidad nacional, generalmente descripta desde una lógica de polarización binaria frente a la cual nadie puede permanecer indiferente, mucho menos quienes se sitúan dentro del campo de las derechas pero desde perspectivas moderadas o reformistas. No obstante, también se observan diferencias –pocas, pero no por ello menos significativas–, sobre todo en una doble dimensión. Así como Laje coloca en el centro de sus inquietudes a los discursos que cuestionan los paradigmas heteronormativos, su estrategia de batalla cultural abandona las medidas represivas que Villegas exige a las instituciones del Estado. Con lo cual, consideramos que en este punto se observa viraje ideológico que remite a la disyuntiva antes mencionada: una derecha permeable a los discursos de mano dura que, pese a todo, en ciertos aspectos no deja de mostrar al menos un relativo nivel de adaptación –si se quiere, un *aggiornamento*– al escenario posterior a 1983.

Osiris Villegas: anticomunismo en tiempos de Guerra Fría

Apenas cuatro años después del golpe de 1955, que derrocó al gobierno de Juan Perón, las derechas encontraron en el comunismo el nuevo actor leudante de todos sus temores. De acuerdo con los estudios de Ponza (2010), Vicente (2019) y Echeverría (2019), el triunfo de la Revolución Cubana (1959) y la radicalización tanto de la resistencia peronista como del movimiento estudiantil –dos colectivos que poco a poco confluyeron en sus posiciones hasta convertirse en los principales destinatarios de la represión estatal–, constituyen algunos de los hitos que aceleraron el veloz ingreso del país al contexto de la Guerra Fría. A ello debe agregarse la novedosa moral sexual de los sesentas. En efecto, la emergencia de la moda unisex, la pastilla anticonceptiva y la contracultura desafiante del movimiento hippie, con sus raros peinados nuevos y su culto del amor libre, simbolizaron para el pensamiento conservador una clara señal de que todo occidente se encaminaba hacia un proceso de decadencia socio-cultural y socio-política. Tanto es así que entre las vertientes de derecha más radicalizadas, y sobre todo en los ámbitos castrenses, dicho fenómeno llegó a interpretarse como el resultado de "una conspiración moscovita e incluso maoísta para subvertir los fundamentos de la convivencia social" (Vicente y Echeverría, 2019: 181).

Si bien el anticomunismo no era una novedad entre las derechas locales, su definición adquirió otras connotaciones durante la etapa de consolidación de la Guerra Fría. Desde entonces, la amenaza de un potencial estallido revolucionario se convirtió en el dilema político central para estas corrientes. Un problema que no sólo se interpretaba desde las exégesis que sus intelectuales habían elaborado en el trascurso de los gobiernos peronistas, sino también desde la superposición entre esas exégesis y el creciente influjo de las doctrinas de Seguridad Nacional y Fronteras Ideológicas. A criterio de autores como Morresi y Vicente (2017), la confluencia entre estos imaginarios fomentó la paulatina distinción entre una democracia deseable –liberal, republicana, limitada– y otra execrable –populista, caótica y autoritaria– que afianzó la concepción del totalitarismo como un peligro que no acechaba sólo desde fuera, ya que anidaba principalmente al interior de los propios regímenes democráticos. Dicho de otro modo, la idea de que las democracias podían ser corrompidas desde dentro, pues restringían las medidas de control al ofrecer libertades susceptibles de ser empleadas en su contra, se tradujo en la definición del totalitarismo como el enemigo interno del *statu quo* liberal-republicano. De manera que librado a su suerte, es decir, sin una tutela y una férrea regulación, el orden social quedaba expuesto a los "fermentos de odio y de discordia" impulsados por el comunismo (Villegas, 1962: 53). En términos de los autores, en definitiva, lo que se produjo en esos años fue "una reinterpretación profunda del concepto de democracia que no puede comprenderse sin considerar la irrupción totalitaria como el fantasma rector de la política internacional" (Morresi y Vicente, 2017: 11).

La obra de Villegas, en ese sentido, fue uno de los máximos aportes a este proceso de resignificación ideológica. Es más, si se tiene en cuenta que para entonces no existían grupos revolucionarios en el país, ya que estos surgieron a finales de aquella década, y que los partidos de izquierda contaban con una amplia tradición parlamentaria y una praxis reformista, su libro puede considerarse como una temprana adaptación al caso argentino de las doctrinas antes mencionadas. Recordemos que estas teorizaciones fueron promulgadas por los Estados Unidos en el marco de sus disputas con el bloque Soviético, y que en buena medida contribuyeron a reemplazar las exégesis de la guerra moderna por los axiomas de la guerra interna. En otras palabras, como el peligro ya no estaba representado por los ejércitos de ocupación de una potencia extranjera, sino por ciudadanos del propio país que obraban al servicio del comunismo, estas doctrinas introdujeron un conjunto novedoso de tácticas a aplicar para la defensa del orden vigente. Según los estudios de Echeverría (2020), tres de ellas conforman el andamiaje teórico-conceptual del libro de Villegas. La primera es de orden represivo y abreva en los postulados de la Escuela Superior de Guerra francesa. Nos referimos a las tácticas de lucha contrainsurgente, que legitimaban la ruptura de la legalidad constitucional y el empleo de técnicas de tortura como instrumentos de control de la población. La segunda, por su parte, es de orden económico y remite a los programas de la Alianza para el Progreso. Impulsada por el gobierno de John F. Kennedy en 1961, esta iniciativa ofrecía vías concretas de financiación destinadas a revertir el subdesarrollo latinoamericano, desde la premisa de que el atraso económico favorecía la posibilidad de que estallaran nuevos procesos revolucionarios en el continente. Por último, la lucha ideológica en el campo

cultural constituye una tercera alternativa que adquiere un papel clave en la obra de Villegas. A juicio del autor: "no es anticomunismo eficaz y real la simple medida policial" (Villegas, 1962: 41), ya que para enfrentar al *imperialismo soviético*:

> hay que combatir su esencia, su estructura, herirlo de muerte en su fundamento ideológico. Para ello, hay que partir de la premisa de que las ideas no se matan, sino que se las supera con mejores ideas; una falsa filosofía sólo se destruye oponiéndole una verdadera filosofía, que arroje la verdad y dé adecuada solución a las contradicciones internas de la sociedad, restableciendo su equilibrio (Villegas, 1962: 41).

Precisamente, Villegas (1962) afirma que las acciones represivas eran indispensables por dos motivos: para fortalecer a los sistemas democráticos, pues estos contaban con "muy poca habilidad para la defensa y el ataque contra las nuevas formas de la guerra en desarrollo". Y al mismo tiempo, porque las democracias otorgaban al comunismo "varias de las armas que esgrime (…) para mantener en zozobra al mundo" (p. 45). En concreto, los presuntos infiltrados tenían la posibilidad de "recaudar fondos", ser designados "en cargos de gravitación en las universidades, centros culturales, deportivos y científicos", y también se les permitía "dirigir y controlar los gremios y sindicatos" (p. 46). De ahí que las acciones represivas debieran orientarse tanto a "aniquilar las formaciones militarizadas" como a "neutralizar el apoyo de la población mediante la captura de los agentes, espías [y] abastecedores" (p. 169). Después de todo, para Villegas el comunismo triunfaba en aquellos países donde sus adversarios eran "lo suficientemente ingenuos para oponerse al uso de la fuerza". Claro está que más allá de estas consideraciones, una estrategia adecuada también debía orientarse a combinar estos recursos con otras actividades, como por ejemplo la coordinación de iniciativas en el plano político-económico. Desde esta óptica, como los comunistas se proponían agudizar las contradicciones existentes "creando el fermento que lleva a las masas populares a la revolución" (p. 61), se hacía necesario promover medidas redistributivas que permitieran alcanzar "una equitativa distribución de bienes y servicios" (p. 42). El objetivo, en este punto, era "elevar los bajos medios de vida" de la población a los fines de impedir que los infiltrados tuvieran éxito en sus intentos por provocar "la pérdida de confianza del pueblo en las instituciones democráticas" (p. 58-169).

Ahora bien, desde el enfoque de Villegas (1962), esta clase de recursos representaban un complemento a la planificación de la lucha en el terreno ideológico. La tesis del libro señala que la praxis comunista consistía en una estrategia de propaganda "tendiente a captar a las diferentes corrientes de opinión" (p. 148). Dicha estrategia no sólo apuntaba a "catequizar a las masas populares", sino también a influir en "los controles formativos de la clase intelectual", ya que era en esos ámbitos donde los marxistas formaban a los militantes que luego participaban en las acciones revolucionarias (p. 54-56). Así, la consecuencia de estos postulados era la percepción de que resultaba poco probable vencer al comunismo "sin emplear una estrategia similar que se le oponga" (p. 167). En parte porque la propia concepción del enemigo obligaba a desplazar la lucha hacia ese terreno. Y en parte, también, porque Villegas entendía al campo cultural como el escenario en el que se construyen las subjetividades que legitiman a un modelo de convivencia colectiva. De modo que si el libro insiste en la definición de la lucha ideológica como "uno de los medios más eficaces de la técnica bélica moderna", algo que los supuestos infiltrados parecían comprender *in extenso*, ello a su vez obedece a su consideración de que "las relaciones humanas reciben el influjo innegable de factores morales, espirituales, religiosos [y] emocionales" (Villegas, 1962: 23-36). De hecho, esta perspectiva se observa, por un lado, en la propia búsqueda de eficacia de su escritura, que privilegia el léxico sencillo, las oraciones breves y el uso de términos concretos, claros e inequívocos. Y por otro, en el intenso trabajo pedagógico que Villegas desarrolló en esos años y que abarca, además de la publicación del libro, múltiples intervenciones en diarios y revistas como *Primera Plana*, *Confirmado*, *La Nación* y *La Nueva Provincia* (Echeverría, 2020).[1]

[1] Estas actividades divulgativas lo convirtieron en un referente en materia de seguridad nacional. Como comentamos en la introducción, Villegas fue designado como secretario del Consejo Nacional de Seguridad (CONASE) durante el gobierno de facto

Lo peculiar de este enfoque es que la caracterización del enemigo como un "infiltrado", es decir, como una especie de agente encubierto que manipula y explota "las aspiraciones de las masas" sin revelar sus "verdaderas intenciones" (Villegas, 1962: 56), le permite extender el calificativo de comunista a cualquier acto de protesta contra el *statu quo*. Y vale la pena insistir en este punto: no importa el grado de radicalidad de los fenómenos. Como el comunismo, desde esta óptica, es un hecho potencial que anida en toda forma de conflicto, la polarización binaria del campo social, que Villegas divide en dos bloques compactos, antagónicos y mutuamente excluyentes, lo conduce a ensanchar la calificación hacia cualquier forma de disidencia política. En otras palabras, es esa potencialidad la que habilita al autor a describir el fenómeno en términos laxos que pretenden atraparlo todo. De ahí sus advertencias respecto a que la mano maleva del marxismo estaba detrás de las "huelgas gremiales", los "desórdenes estudiantiles", las "marchas del hambre" y hasta de las manifestaciones de "resistencia pasiva a medidas de la autoridad civil" (Villegas, 1962: 58-148). Por lo mismo, los marxistas también operaban en organizaciones "colaterales" como la "Liga Argentina por los Derechos del Hombre", la "Federación de Mujeres Democráticas", la "Federación de Trabajadores Científicos" y hasta estaban detrás de los congresos de "Estudiantes, Periodistas, Médicos o Abogados Democráticos" (Villegas, 1962: 148). Incluso los ciudadanos indiferentes, tímidos o desinteresados ante estas circunstancias eran susceptibles ser circunscriptos dentro de la esfera comunista, ya que su falta de compromiso social obraba en favor del imperialismo soviético.

En síntesis, a tono con la percepción de que el comunismo "golpea a las puertas de todos los países de la tierra" (Villegas, 1962: 24), la tesis del libro parte de una exégesis paranoica que equipara a las distintas formas de disidencia social bajo la figura del soldado revolucionario. Incluso puede decirse, en diálogo con los estudios de Vicente (2014) y Echeverría (2020), que esta lectura generalizante y de escaso sustento empírico se basa en un conjunto de axiomas supremacistas sobre el capitalismo y la religión cristiana. Es decir, en el pensamiento de Villegas –y también, como veremos, en el de Laje– hay una manifiesta incapacidad para reconocer algún tipo de anclaje estructural a las demandas de los sectores subalternos y, en simultáneo, para congeniar con ellos un proceso de transformación que encauce dichas demandas e incorpore socialmente sus identidades político-culturales. Ansaldi (2017) atribuye este fenómeno al carácter "ontológicamente antidemocrático de la burguesía argentina" (p. 41), simbolizado en la concepción de las desigualdades como un *dato natural*, producto de la presunta incapacidad intelectual o moral de los sujetos excluidos, y en la consecuente representación de los valores tradicionales como algo dado: ajeno a las dimensiones de la historia y de la cultura. Esta perspectiva autoritaria puede apreciarse en el retrato que Villegas (1962) hace del capitalismo como un modelo de paz y prosperidad sin contradicciones, ya que estas eran promovidas por el comunismo –que viene a "perturbar la producción mediante la desavenencia entre patronos y obreros"– o en todo caso por "las incomprensiones humanas de ayer y de hoy" (p. 24-41). Y en segundo lugar, en la manera en que califica a la religión como el máximo resguardo de la subjetividad individual contra cualquier proyecto desestabilizante. Esto es, como la esencia misma de los verdaderos valores, de la verdadera cultura, que hace del ciudadano un sujeto obediente a las leyes, responsable en su trabajo, respetuoso de las tradiciones y sumiso ante las jerarquías político-sociales.

Agustín Laje: el nuevo viejo rostro del anticomunismo

No son pocos los puntos en común entre las teorizaciones de Agustín Laje y el imaginario de Villegas. Si la escritura de sus textos, en más de una oportunidad, parece regirse por la intención de traer al presente ciertos ejes argumentativos del pasado, lo mismo sucede con su estrategia de posicionamiento político dentro del campo cultural. Laje también irrumpe en el espacio público como un supuesto estudioso

del general Onganía, cargo que mantuvo hasta su pase a retiro en 1969. Entonces fue nombrado embajador en Brasil y se mantuvo en esas funciones hasta el retorno del peronismo al poder en 1973, momento en el que se retira por varios años de la escena pública. Durante la última dictadura, Villegas se dedicó a escribir libros sobre las disputas territoriales que la Argentina mantiene con Chile y el Reino Unido, y recién tras la apertura democrática de 1983 volvió a retomar el ejercicio del periodismo. En ese contexto, fue un acérrimo crítico del gobierno de Raúl Alfonsín, al que calificaba de izquierdista, así como de los juicios a las juntas militares, a las que defendía en sus columnas del diario *La nación* a partir de la calificación de sus crímenes como actos de guerra.

de las izquierdas, y hace valer sus diplomas de Licenciado en Ciencias Políticas por la Universidad Católica de Córdoba y Magíster en Filosofía por la Universidad de Navarra (España), en tanto garantías de la *expertise* y la objetividad de su pensamiento. Con esas credenciales, el autor recurre al libro como herramienta de legitimación intelectual para luego irradiar sus saberes a través de distintas *performances rituales*, es decir, videos, posteos, conferencias y presentaciones de esos mismos libros, que funcionan como instancias de contacto y socialización comunitaria de sus ideas (Goldentul y Saferstein, 2020). Y en otro gesto que emula a su par mendocino, su técnica de interpelación del público también esgrime el lenguaje radicalizado de la agitación ideológica, con su épica de grupo a contracorriente y su actitud de resistencia contra el hipotético marxismo trans-feminista: "Si yo quiero cosechar más seguidores no encuentro otra manera que hacer *troll*. Y mucha gente entra por el *troll*, pero después busca formarse", dijo en 2018 en una entrevista con Juan Elman publicada en la revista *Anfibia* (p. 14). Sin embargo, para entender cómo fue posible que un discurso hasta hace poco marginal, además de anquilosado en sus cosmovisiones, consiguiera prender en una audiencia vasta e inesperadamente juvenil, de chicos y chicas movilizados y con una intensa voluntad de debate político, es preciso que comencemos indagando su biografía.

Laje nació en la ciudad de Córdoba el 16 de enero de 1989, en una familia de tradición conservadora y católica.[2] De acuerdo con las investigaciones de Elman (2018), a sus quince años y en un episodio que parece querer replicar con sus seguidores, el autor leyó un libro que jugaría un papel clave en su biografía. Se trata del ensayo *La otra parte de la verdad*, en el que el abogado marplatense Nicolás Márquez (2004) reivindica el accionar de las Fuerzas Armadas durante la última dictadura. Se conocieron pocos meses después, en la presentación del libro realizada en el Jockey Club de la capital cordobesa, y desde entonces Márquez apadrinó su formación intelectual. Juntos escribieron dos textos en coautoría: C*uando el relato es una farsa: la respuesta al relato kirchnerista* (2013) y el que aquí nos ocupa: *El libro negro de la nueva izquierda* (2016). De hecho, fue por recomendación de Márquez que Laje ganó una beca para cursar el seminario en contraterrorismo que dicta la National Defense University, institución que pertenece al Departamento de Defensa de los Estados Unidos. De ahí en más, el viraje hacia publicaciones críticas con los movimientos trans-feministas supuso varias transformaciones en su trayectoria. La primera es la popularidad, que creció en simultáneo a las marchas contra la sanción de la ley 27.610, que garantiza el acceso a la interrupción voluntaria del embarazo. Y la segunda es el intento de construir un espacio de militancia de derechas a escala regional, capaz de articular posiciones entre distintas corrientes de pensamiento. A este último objetivo no sólo se abocan sus libros y sus intervenciones en redes sociales y medios de comunicación, sino también los artículos, cursos y conferencias que publica y dicta a través de distintos *think tanks* hispanoamericanos, como la Fundación Libre (Argentina), de la cual es fundador; el Centro de Estudios Cruz del Sur (Argentina), la Fundación Atlas (sede Argentina), la Fundación Jaime Guzmán (Chile), la Fundación Civismo (España), el instituto UNI Cervantes (Colombia) y el Instituto de Investigación Social Solidaridad (Estados Unidos, con sedes en Colombia, México y Perú).

Precisamente, el éxito de *El libro negro de la nueva izquierda* parece tener correlación con la enorme visibilidad que ganaron los colectivos trans-feministas en el último lustro, debido a sus crecientes movilizaciones contra los femicidios y a sus protestas en demanda de igualdad de derechos en los planos sexual, civil y laboral. Las estadísticas en torno a la popularidad de Laje constituyen un indicio de esa presunción. Si para 2018 promediaba los cien mil seguidores en sus redes sociales (Elman, 2018), hacia junio 2023, como mencionamos en la introducción, esa cifra había crecido hasta alcanzar los casi cuatro millones de suscriptores. A ello hay que añadir que el contexto de crisis económica abierto en 2008 también parece actuar como leudante de estos paralelismos. En sintonía con los estudios de Verónica Gago (2019), Matías Saidel (2021), Julia Expósito (2021) y Luis García (2021), la superposición de cuestionamientos frente a las desigualdades de clase, género y etnia que caracterizan al orden neoliberal, coincide con la

[2] La familia de Laje tiene raíces tanto militares como intelectuales. Según el relevamiento de Eduardo Sadous (2009), su bisabuelo, Manuel Félix Laje Weskamp, fue teniente coronel del Ejército y militante del Partido Demócrata, agrupación liberal-conservadora que a comienzos del siglo XX hegemonizó la política cordobesa a través de dos gobernadores: Félix Garzón y Ramón Cárcano. Su abuelo, en tanto, fue el doctor en derecho Justo Laje Anaya, titular de la cátedra de Derecho Penal en la Universidad Nacional de Córdoba y autor de numerosos libros y artículos especializados en esa rama de las ciencias jurídicas.

resignificación de perspectivas que apuntan a la conservación de los valores tradicionales de la sociedad capitalista. Dicho de otro modo, se trata de un escenario en el que la crisis económica parece coexistir con un fuerte proceso de conmoción subjetiva. Nos referimos, por lo tanto, a un particular estado de incertidumbre que ha revitalizado, en el caso de las derechas, el histórico temor a la perdida de los anclajes político-culturales que distinguen al modelo de sociedad occidental. Esto es, temor no sólo frente a la puesta en entredicho del concepto de propiedad privada, sino también de la familia como institución patriarcal y de las maneras jerárquicas de vivir los vínculos socio-afectivos.

En el marco de estas circunstancias, la producción de libros ha jugado un papel insoslayable en su posicionamiento dentro del campo cultural. Goldentul y Saferstein (2020) atribuyen este fenómeno a las propias potencialidades que ofrece la escritura. En efecto, los libros no sólo permiten construir interpretaciones sobre un contexto determinado. A su vez, habilitan la confección de comunidades que los leen, los discuten y utilizan sus argumentos como insumo para fortalecer sus creencias. De modo que además de convertir al escritor en un referente de autoridad en torno a ciertas temáticas, todo este proceso también repercute en la emergencia de espacios de socialización que consolidan los vínculos entre autor y público. Entre ellos vale la pena destacar las presentaciones de libros. A juicio de Goldentul y Saferstein (2020), estos eventos constituyen una instancia óptima "para sellar compromisos entre los adherentes y confirmar el sentido de pertenencia a un grupo" (p. 117). Por eso no es casual el tiempo que Laje destina en cada presentación a la firma de ejemplares ni tampoco las giras que realiza por distintos países de Latinoamérica cada vez que publica un nuevo libro. Todo ello ha contribuido hacer de su nombre una figura de relieve ante un nuevo espacio de militancia de derechas a escala regional, en su mayoría compuesto por jóvenes en aparente ausencia de representación socio-política. Es decir, jóvenes apartidarios, o al menos defraudados por las opciones electorales en curso, que identifican al trans-feminismo como un enemigo en común y que encuentran en sus obras tanto un repertorio de teorizaciones como un relato de épica y esperanza. Un relato que los afirma en la sensación de *ser-estar-reunidos* frente al complejo devenir del presente.

Ahora bien, aunque el sustrato teórico que ha cimentado su popularidad es la crítica a la *ideología de género* –concepto que abarca toda disidencia con el imaginario heteronormativo–, dicho discurso no supone necesariamente una novedad en términos ideológicos y/o conceptuales. En otras palabras, lo novedoso es la elección del adversario, que ya no es el peronismo ni la guerrilla comunista, pero no así sus procedimientos de caracterización. En este punto surgen continuidades que desbordan la centralidad que las derechas siempre han otorgado a la familia en tanto "núcleo de la sociedad civil" (Laje y Márquez, 2016: 61). Hablamos, en específico, de una intensa línea de conexión entre el enfoque de Laje y las doctrinas de Seguridad Nacional y Fronteras Ideológicas. Para empezar, y en vínculo con la obra de Villegas, Laje resignifica el retrato de un contexto histórico escindido en dos bloques compactos, antagónicos y homogéneos, entre los cuales no puede mediar otra lógica que no sea la de la confrontación. La tesis de *El libro negro…*, en ese sentido, parte de la presunción de que si bien las izquierdas perdieron la lucha política con la caída del muro de Berlín (1989), ganaron, sin embargo, la batalla cultural, ya que supuestamente han hegemonizado "las aulas, las cátedras, las letras, las artes [y] la comunicación". De modo que según esta lectura paranoica, próxima a las fabulaciones de las teorías conspirativas, el activismo marxista habría cambiado de táctica en las últimas décadas: "tuvieron que fabricar Ongs y armazones de variada índole" a los fines de "maquillarse y encolumnarse detrás de nuevos argumentos que oxigenaran sus envilecidas y desacreditadas consignas" (Laje y Márquez, 2016: 11). Así, mediante un ejercicio de argumentación que reedita la potencial amenaza del *infiltrado* –Laje y Márquez (2016) escriben, en definitiva, para poner al descubierto "la inadvertencia social que hay en torno a este peligro" (p. 12)–, la obra relata el hipotético modo en que las izquierdas habrían conseguido el mismo éxito que ya se les atribuía en los años sesenta:

> capturar almas atormentadas o marginales a fin de programarlas y lanzarlas a la provocación de conflictos bajo excusas de apariencia noble, las cuales *prima facie* poco o nada tendrían que ver con el stalinismo ni mucho menos con el terrorismo subversivo, sino con la "inclusión" y la "igualdad" entre los hombres: indigenismo, ambientalismo, derecho-humanismo, garanto-abolicionismo e

> ideología de género (esta última a su vez subdividida por el feminismo, el abortismo y el homosexualismo cultural) (Laje y Márquez, 2016: 11).

El mismo retorno de los fantasmas del pasado se aprecia en sus definiciones sobre los movimientos trans-feministas. Aquí, por una parte, la hipótesis de que estos colectivos basan su praxis en los axiomas de la teoría gramsciana, repite la puesta en valor del campo cultural como terreno privilegiado de lucha política. Desde su punto de vista, entonces, la estrategia de las "nuevas izquierdas" sería "crear una ideología" capaz de articular las demandas de distintos actores sociales –desde los pueblos originarios hasta el movimiento *queer*– con el propósito de romper el consenso hegemónico en torno a las cosmovisiones de la sociedad occidental (Laje y Márquez, 2016: 33). Por eso lo que está en peligro, a criterio del autor, es mucho más que "la noción de los derechos individuales y de la propiedad privada" (Laje y Márquez, 2016: 35). En simultáneo, los grupos trans-feministas, a quienes Laje (2016) atribuye el rol de vanguardia dirigente de este proceso, tienen como objetivo "[la] destrucción de la familia y el matrimonio como forma de derrumbar la superestructura que sostiene al capitalismo" (p. 96). En rigor, como la familia "supone un resguardo del individuo y sus relaciones más próximas frente a la intromisión del Estado", hacer estallar dicha institución equivaldría a hacer lo propio con la sociedad civil, que a juicio de Laje (2016) "constituye la dimensión que resulta absorbida en regímenes totalitarios por la política, donde ésta lo invade todo" (p. 61). ¿Acaso no es el temor a la pérdida de esa imagen tradicional ya desgajada, crisis tras crisis, por las desigualdades y los cambios culturales fomentados no por el comunismo ni el trans-feminismo, sino por el sistema capitalista, lo que conduce al autor a evaluar el presunto ataque de estos colectivos a la heterosexualidad como el eje táctico de la contienda? En sus palabras, al ser el binarismo "la base y la génesis de la unidad familiar", debe por ello ser destruido "como manera indirecta de destruir esta última y como manera indirecta, a su vez, de derrumbar uno de los pilares del orden capitalista" (Laje y Márquez, 2016: 84). De ahí sus consideraciones respecto a que las derechas deben dar una batalla en sentido contrario –y en el mismo terreno: el sentido común, la cultura–, así como sus críticas a los liberales que se muestran indiferentes ante este fenómeno, críticas que, por cierto, conforman otro punto en común con el libro de Villegas.

En definitiva, la tesis de Laje (2016) no sólo se funda en un diagnóstico apocalíptico: "Si la militancia feminista radical sigue introduciendo sus prohibiciones y persecuciones, no sería exagerado intuir que pronto estaremos en la puerta de una verdadera «dictadura de género»" (p. 150). Al mismo tiempo, su lectura no admite matices ni mucho menos pone en consideración las múltiples formas de desigualdad, concretas y objetivas, que condicionan la existencia de estos colectivos. De modo que aun cuando distingue un presunto feminismo *malo* de otro *bueno* –aquel que se limita a la lucha por "la igualdad ante la ley, reivindicando derechos cívicos y políticos para el sexo femenino" (Laje y Márquez, 2016: 47)–, su perspectiva no deja de constituir una generalización de las distintas tramas internas que componen a este movimiento. En consecuencia, toda demanda que supere los límites del liberalismo conservador es catalogada, de manera taxativa, como parte de un proyecto "totalitario" que emplea a la igualdad "como pantalla" para ocultar su verdadero objetivo: promover "una guerra entre hombres y mujeres [y] entre heterosexuales y homosexuales", cuyo propósito es la imposición de "un orden planificado centralmente" que coloque al Estado "en el centro de la vida social" (Laje, 2016: 56-111-129). De acuerdo con el autor, "Nada debería importarnos, por ejemplo, que determinado sujeto se considere a sí mismo, inclusive, un cocodrilo o la mismísima chita encerrada en un cuerpo humano (…); el problema es que la presión ideológica ejercida sobre el Estado lleve a éste a obligarnos al resto a compartir dicha locura y pagar los gastos de la misma, bajo la amenaza de la coerción" (Laje y Márquez, 2016: 113).

Por añadidura, si Laje no brinda mayores referencias que permitan comprender por qué las críticas a la moral heterosexual y a la propiedad privada, sea en sus versiones radicales o reformistas, conducen en forma directa al estalinismo, ello se debe a que el objetivo de su texto es, ante todo, político. Así lo expresa el autor en *La batalla cultural*: "mi interés teórico no está al servicio de la mera teoría, sino de una práctica política que sirva a las derechas en general" (Laje, 2022: 14). De ahí que su escritura abunde en operaciones de montaje dirigidas menos a la construcción de conocimientos que a la interpelación del lector. Entre ellas se destaca lo que podemos calificar como tácticas de selectividad estadística. Estas se observan en la

estructura de *El libro negro…* especialmente en sus reflexiones sobre los femicidios. Si bien Laje (2016) reconoce que existen asesinatos de mujeres, a su entender "la violencia no tiene género" (p. 139), por lo que en vez de femicidios se trataría de crímenes comunes no mediados por formas de dominación o desigualdad radical. La base de su argumento es que las mujeres también ejercen violencia hacia los hombres. Y para demostrar esta presunción cita dos libros que recopilan distintos estudios internacionales en su mayoría relativos a casos de maltrato, no de asesinatos. Esto es, hace citas de otras citas sin contextualizar las problemáticas, métodos, públicos y objetivos de esos relevamientos y sin comparar sus resultados con los abordajes estadísticos de la realidad argentina. *Ipso facto*, de este recorte parcial y selectivo de la información, Laje extrae conclusiones que se asumen como verdades reveladas y que se vuelven aún más determinantes en sus intervenciones televisivas: "el aumento de los llamados femicidios en la Argentina es correlativo al aumento de la militancia feminista y al aumento de los fondos públicos que se le da a ese tipo de militancia" (entrevista con Canosa, 2020: minutos 7 al 10 del video). Con lo cual, en una evidente torsión de los hechos, las culpables de los femicidios serían las mujeres que protestan contra los femicidios, y no los hombres que las asesinan.

Las últimas conexiones entre su obra y la de Villegas se expresan, por un lado, en los principios de concepción elitista de la otredad. Recordemos que a juicio del autor las demandas de estos movimientos no provienen de experiencias concretas de desigualdad económica o identitaria, sino de un ejercicio de manipulación de sujetos "marginales" que han sido "formateados políticamente en el odio y el resentimiento" (Laje y Márquez, 2016: 11-111). A ello hay que añadir que también su imaginario se sustenta en axiomas supremacistas sobre el capitalismo y la religión cristiana. En efecto, si el primero se describe como un sistema sin contradicciones, en el que la lógica en teoría neutral del mercado garantiza *per se* la emancipación femenina –pues el mercado "es ciego" y "cualquier empresa que sea lo bastante estúpida como para prescindir de mujeres cualificadas", resultaría inmediatamente "desplazada por otra que no discrimine en función del sexo"–; la segunda es la que viene a aportar un conjunto de premisas morales que cumplen una doble función: impedir que a nivel socio-económico prime el "primitivo cálculo capitalista" y, en simultáneo, fortalecer a la familia heterosexual en tanto núcleo del orden vigente (Laje, 2016: 123-125). Lo interesante en este último punto es que el autor propone una secularización relativa de sus postulados. Así, Laje (2016) realiza pormenorizadas descripciones anatómicas –e incluso fisiológicas– con el fin de poner en evidencia que el sexo es un "dato natural" (p. 74) orientado por la cultura, esto es, por los ideales monogámicos y binarios del cristianismo. En sus palabras, el sexo no es "ni naturaleza con prescindencia de cultura (porque la sexualidad sería puro instinto, desprovisto de particularidad y función social), ni cultura con prescindencia de naturaleza (porque se haría inaprensible la universalidad del sexo, sus reglas y su función natural)" (Laje y Márquez, 2016: 120). De modo que ambas dimensiones establecen límites que invalidan toda distinción entre sexo y género y que, en consecuencia, relegan a las alteridades –tanto como a las decisiones de vida que no se ajustan a los preceptos de la monogamia o la maternidad– a los planos de la perversión o la patología monstruosa.

En síntesis, la comparación entre estos autores muestra que en sus imaginarios son más evidentes las continuidades que las rupturas. De hecho, estas tampoco dejan de remitir a la inquietud que formulamos en la introducción: ¿en qué medida discursos extremos como el de Laje se corresponden con un *aggiornamento* de las derechas al juego democrático? En rigor, hay dos factores ausentes en la obra del politólogo cordobés que podrían interpretarse como una novedad alentadora. Nos referimos al abandono de la represión estatal como un complemento indispensable para la defensa del *statu quo* y, en esa misma línea, a su renuncia a considerar a las Fuerzas Armadas como la verdadera institución protectora de los valores nacionales, con potestad para intervenir en los conflictos debido a la ineficacia del sistema democrático para garantizar esa protección. Y es que a diferencia de las derechas del pasado Laje no define al siglo XXI como un escenario de guerra. En todo caso, y nos explayaremos sobre este punto en las conclusiones, su distanciamiento del escritor mendocino obedece a la percepción de que la guerra ha cambiado decididamente de territorio, armas, tácticas y estrategias. Así lo hace saber en *La batalla cultural*: "La cultura es, al unísono, aquello que está en juego y aquello donde se juega lo que está en juego", es "el fin" de la batalla y también "el medio" donde esta se produce (Laje, 2022: 37). Por eso enfoca su perspectiva en

"los cambios que acontecen en el nivel de lo simbólico", y no en aquellos que puede promover "la presión armada que un ejército ocupante ejerce sobre una población para que esta adopte nuevos valores" (Laje, 2022: 34-36). Todo ello conecta con su intención de convertirse en un referente intelectual de las derechas, con su esfuerzo por descubrir el "elemento particular (…) capaz de encender los antagonismos" y con su aspiración a hacer de su escritura una herramienta programática, formativa, movilizadora de nuevos cuadros, ya que toda batalla exige "una cierta planificación y dirección consciente de lo que ha de hacerse si se pretende ganar" (Laje, 2022: 40-43).

Sin embargo, junto con las continuidades ya mencionadas, a esta novedad se contraponen otras dos formas de ruptura que abren diversos focos de tensión entre su discurso y el sistema democrático. La primera se vincula a las posibilidades de interpelación de la otredad, que Villegas al menos contempla en el plano económico, quizás por influencia del pensamiento desarrollista en auge en la década de 1960. El politólogo cordobés, en cambio, no parece admitir ningún tipo de conmiseración con los supuestos nuevos enemigos de occidente. Dicho de otro modo, si Villegas (1962) encontraba en las políticas redistributivas una vía para coartar "la fuerza de penetración del comunismo en el seno de las democracias", ya que así se quitaba al adversario "el factor mediante el cual capitaliza a su favor las angustias populares" (p. 178), en los textos de Laje no se observa una estrategia equivalente. Por eso resulta más agudo su rechazo tanto a las alternativas reformistas como al hecho de otorgar entidad a las desigualdades denunciadas por el trans-feminismo. Y aquí cabe añadir que si el otro ya no puede ser objeto de persuasión, seducción o negociación, sino sólo de descarte, dicho *ethos* de la negatividad desborda el plano de las ideas para situarse en la estructura misma de la lengua, que constituye el segundo nivel de ruptura entre estos autores. En específico, si la prosa de Villegas, aunque radicalizada, no pierde formalidad y es escueta, llana y comedida, en los textos de Laje sucede todo lo contrario. Su estilo abandona la seriedad del lenguaje castrense, no así su grandilocuencia, y la suplanta por un sentido del humor tan irónico como agresivo. Luis García (2021) califica como "discursos del odio" a estas retóricas de la injuria que apuntan a reírse de un otro antes que *con el otro* (p. 13). Una *risa canalla*, al decir del poeta Leónidas Lamborghini (2004), que recurre a la adjetivación denigrante y estereotipadora de la otredad para burlarse del sujeto diferente, multiplicando en un mismo movimiento sus circunstancias de exclusión. Así, esta suerte de carnaval retórico, en el que el *leitmotiv* de la fiesta es la degradación de los sujetos subalternos, no puede considerarse mero chiste o expresión inocente. Como ocurre con toda lengua, la prosa de Laje ejecuta un acto político a través de las palabras. Hay en ella una proyección sobre el cuerpo del otro: un deseo que se lanza sobre esa humanidad cosificada en la plaza pública.

Surge entonces una pregunta inquietante: ¿cuál es el límite entre este lenguaje exaltado en su violencia simbólica y el devenir de la lengua en actos concretos sobre el cuerpo disidente? ¿Acaso esa pulsión verbal no trabaja para diluir las fronteras entre deseo y acción? ¿Acaso su desensibilización frente a los femicidios no es ya una manifestación concreta de ese deseo convertido en acto? "Hay que sacar a esa gente a las patadas", dice el politólogo cordobés sobre los integrantes del Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo (INADI), y agrega: "no hay nada más intolerable que la intolerancia de los que se dicen tolerantes, que son esta lacra que está metida en el poder del Estado haciendo mucha plata mientras el pueblo pasa hambre financiando estupideces de género" (entrevista con Canosa, 2020: minutos 20 al 24 del video). Como sugiere Ponza en otro capítulo de este libro, en el que analiza el lenguaje verbal y gestual de Javier Milei, en estos referentes de las derechas contemporáneas se observa la misma propensión al melodrama semiótico que distingue a los discursos de combate. ¿Cómo podría ser de otra manera, si su objetivo es desalojar "a las patadas" la casa que nuevamente ha sido tomada por la barbarie? De ahí que la exaltación colérica, la belicosidad de los gestos y la cadencia progresivamente enfervorizada de una voz que parte del guiño irónico para acabar encadenando adjetivaciones con el rostro enrojecido –en una especie de estridencia *in crescendo* que recuerda al personaje de Micky Vainilla o a su antecesor: el hiperbólico Doctor Strangelove de Stanley Kubrick–, sean síntomas de un lenguaje agonal en el que la disputa por las ideas no sólo se define como batalla, sino que a su vez se reviste del tono épico y admonitorio de una escatología del fin de los tiempos. Un augurio de contienda decisiva por el futuro de la

humanidad, que al volver inadmisible la convivencia con el adversario arroja un cono de sombras sobre su integridad física y sobre sus posibilidades de subsistencia política.

Comentario final

En definitiva, estas exégesis polarizantes, que confirman la persistencia de las doctrinas de Seguridad Nacional en los imaginarios de estas corrientes, vuelven inevitable la pregunta respecto a lo que ambos autores omiten. ¿Cómo es posible atribuir al marxismo conflictos derivados de las múltiples formas de desigualdad que instituyen las matrices del capitalismo, el colonialismo y el patriarcado? ¿Cómo puede llegarse a conclusiones tan generalizantes sobre actores diversos, heterogéneos, críticos con el capitalismo, pero no necesariamente desde posiciones anticapitalistas, y nunca unificados en una proclama totalitaria como la que sí caracteriza a las cosmovisiones de Laje y Villegas? Y aún más: ¿cómo puede culparse a las mujeres de asesinatos perpetrados por la mano del hombre, crímenes que apenas conforman el punto más extremo de un régimen de opresión que articula tantas otras formas de maltrato? La defensa a ultranza del sistema de privilegios de clase, etnia y género que distingue a las sociedades occidentales en buena medida explica estas omisiones. Aquí, sin embargo, hemos elegido enfocar el estudio en otra dimensión: el campo de las ideas, de las férreas convicciones. Y lo que surge en esta dimensión es un retrato de los programas más ortodoxos del capitalismo y el cristianismo como principios inherentes al ser humano, como únicas formas legítimas dispuestas por la naturaleza y/o el orden divino para vivir en comunidad. Perspectiva que no sólo niega la historicidad de los procesos sociales, o bien, las propias capacidades que tiene toda sociedad para transformarse a sí misma a través del conflicto, con el sistema capitalista como máximo ejemplo de un devenir que jamás está predeterminado; sino que incluso niega al otro en sus penurias, sus inquietudes, sus diversas identidades y cancela lo que hay en él de humanidad tanto como su derecho –por cierto, democrático– de exigir soluciones a problemáticas concretas y objetivas.

Es esta evidente línea de continuidad la que orienta el interrogante clave de este trabajo: ¿qué tiene de novedoso el cristianismo restrictivo del politólogo cordobés, cuyo determinismo cientificista no oculta que es la religión la que impone cómo debe organizarse una comunidad y cuáles deben ser las conductas de sus ciudadanos? O para ser más específicos, cuál es la verdadera innovación de este credo totalizante, dogmático, sin matices, que habría venido a humanizar las estructuras del capitalismo y la naturaleza gracias a un mandamiento al que Laje (2016) no casualmente otorga especial relevancia: “no desear a la mujer ajena” (p. 123), principio que a criterio del autor habría fortalecido el régimen de propiedad privada y que, claro está, también supuso la consolidación de otro fenómeno que Laje prefiere omitir en su discurso: la imagen de la mujer como posesión, como otro objeto cuantificable en el mercado de compra y venta de bienes y servicios. Desde nuestro punto de vista, si hay algún tipo de novedad en estas teorizaciones, antes que en el plano ideológico dicha novedad se expresa en la disyuntiva en la que se encuentran las derechas del siglo XXI. Es decir, en la renovada tensión entre autoritarismo y democracia. Tensión que remite a un ideario de batalla cultural planteado en términos bélicos, agónicos, de enemistad radicalizada y sin mediaciones. Términos que pese a su voluntad de incidir en los procesos simbólicos, parecen menos vinculados al ajedrez de la política que a la filología marcial del lenguaje castrense. Toda una taxonomía de tácticas y estrategias de ataque y defensa cuyo objetivo, en palabras de Laje (2022), es “el control de las condiciones de la acción y de la vida de los demás” (p. 45). Por lo que volvemos a la misma inquietud del comienzo: ¿cuánto tendrán que ver esas expectativas de control con el sistema democrático?, ¿acaso pueden compaginarse ambas dimensiones o una de las dos terminará devorando a la otra? La proyección electoral de estas corrientes, los efectos de la crisis económica y la resistencia de los colectivos trans-feministas quizás sean algunos de los factores que determinen, en los próximos años, qué tan sólida o qué tan contingente es la actual inscripción de las derechas en el orden representativo.

Bibliografía

Ansaldi, W. (2017): Arregladitas como para ir de boda. Nuevo ropaje para las viejas derechas. *Theomai*, 35, 22-51. En línea en: http://revista-theomai.unq.edu.ar/numero_35/2.%20Ansaldi.pdf. Consultado en febrero de 2023.

Badiou, A. (2005). *El siglo*. Buenos Aires: Manantial.

Canosa, V. (2020): *Entrevista con Agustín Laje* [Archivo de video]. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=39BI-FcWFrA.

Comisión Nacional de Investigaciones (1958). *El libro negro de la segunda tiranía*. Buenos Aires: Vicepresidencia de la Nación.

Cortázar, J. (1970). Casa tomada. En *Bestiario* (pp. 9-18). Buenos Aires: Sudamericana.

Echeverría, O. (2018). Pensar las derechas argentinas. Conceptos, enfoques y períodos: el caso de las derechas de la primera mitad del siglo XX. En L. Rubiolo y M. Tamagnini (Comps.), *Historia debate historia* (pp. 42-57). Río Cuarto: UniRío Editora.

Echeverría, O. (2020). Las Doctrinas de la Seguridad Nacional Latinoamericanas: Osiris Villegas y sus teorías en tiempos de desperonización y Guerra Fría. Argentina, 1956-1985. *EIAL*, 31 (1), 39-58. En línea en: https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/117002. Consultado en febrero de 2023.

Echeverría, O. (2021). Una identidad derechista racista, ideológica y clasista: nacionalistas, católicos integrales y liberales conservadores en la Argentina del siglo XX. En M. Ribeiro y D. Precioso (Comps.), *América Latina, historia e desafíos* (33-58). Anápolis: Editora UEG.

Echeverría, O. y Vicente, M. (2019). Las derechas argentinas ante las transformaciones socio-culturales de los largos años sesenta. *Revista de historia americana y argentina*, 54 (2), 175-206. En línea en: https://revistas.uncu.edu.ar/ojs/index.php/revihistoriargenyame/article/view/2827. Consultado en julio de 2022.

Elman, J. (2 de octubre de 2018). Quién le teme a Agustín Laje. *Anfibia*. En línea en: https://www.revistaanfibia.com/quien-le-teme-a-agustin-laje-2/. Consultado en julio de 2022.

Expósito, J. y Saidel, M (2021). ¿Anticomunismo sin comunismo? La construcción del feminismo como enemigo estratégico de las nuevas derechas. *Razón Crítica*, 11, 255-288. En línea en: https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=8062905. Consultado en julio de 2022.

Gago, V. (2019). *La potencia feminista. O el deseo de cambiarlo todo*. Buenos Aires: Traficantes de sueños.

García, L. (2021). *La babel del odio*. Buenos Aires: Ediciones Biblioteca Nacional.

Gayoso, P. (2022). Agustín Laje y el Neo-conservadurismo latinoamericano de derecha. *Revista argentina de ciencia política*, 1 (29), 306-344. En línea en: https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/revistaargentinacienciapolitica/article/view/8097. Consultado en abril de 2023.

Goldentul, A. y Saferstein, E. (2021). Los jóvenes lectores de la derecha argentina. Un acercamiento etnográfico a los seguidores de Agustín Laje y Nicolás Márquez. En *Centro de Estudios en Diseño y Comunicación*, 112, 113-131. En línea en: https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/165695. Consultado en mayo de 2022.

Laje, A. (2022). *La batalla cultural*. Buenos Aires: Hojas del Sur.

Laje, A. y Márquez, N. (2016). *El libro negro de la nueva izquierda*. Buenos Aires: Unión.

Lamborghini, L. (2004). *La risa canalla (o la moral del bufón)*. Buenos Aires: Paradiso.

Mangone, C. y Warley, J. (1994). *El manifiesto: un género entre el arte y la política*. Buenos Aires: Biblios.

Morresi, S.; Saferstein, E. y Vicente, M. (2021). *Nuevas configuraciones derechistas en Argentina*. Buenos Aires: Red de Fundaciones de Izquierda y Progresistas.

Morresi, S. y Vicente, M. (2017). El enemigo íntimo, usos liberal-conservadores del totalitarismo en la argentina entre dos peronismos (1955-1973). *Quinto Sol*, 21 (1), 1-24. En línea en: http://dx.doi.org/10.19137/qs.v1i1.1226. Consultado en marzo de 2023.

Ponza, P. (2010). *Intelectuales y violencia política*: 1955-1973. Córdoba: Babel.

Ponza, P. (2021). Identidades políticas y disputas culturales en los medios digitales: significaciones históricas y arquetipos aspiracionales en el espacio liberal-conservador argentino. *Cuaderno de Ideas*, 15, 1-12. En línea en: https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/cps/article/view/7286. Consultado en marzo de 2022.

Sadous, E. (2009). *Quince Genealogías*. Buenos Aires: Editorial Armerías.

Sánchez Moccero, M. (4 de mayo de 2023). Agustín Laje llenó la sala mayor de la Feria del Libro. *Infobae*. En línea en: https://www.infobae.com/leamos/2023/05/04/agustin-laje-lleno-la-sala-mayor-de-la-feria-del-libro-hemos-perdido-la-religion-hemos-perdido-la-nacion-hemos-perdido-el-sexo-hemos-perdido-la-clase/. Consultado en mayo de 2023

Schuster, M. (mayo de 2023). Los nuevos *bestsellers* de la derecha "sin complejos". Entrevista a Ezequiel Saferstein. NUSO. En línea en: https://nuso.org/articulo/libros-derecha-libertarios/. Consultado en mayo de 2023.

Svampa, M. (2016). *Debates latinoamericanos*. Buenos Aires: Edhasa.

Tcach, C. (2006). Entre la lógica del partisano y el imperio del Gólem. En H. Quiroga y C. Tcach (Comps.), *Argentina 1976-2006. Entre la sombra de la dictadura y el futuro de la democracia*, (pp. 123-166). Rosario: Homo Sapiens,

Tcach, C. (2012). *De la Revolución Libertadora al Cordobazo*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Vicente, M. (2014). Trazando círculos cuadrados: en torno al liberal-conservadurismo como ideología. *Intersticios*, 8(1), 73-93. En línea en: https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/92312. Consultado el 10 de mayo de 2023.

Villegas, O. (1962). *Guerra revolucionaria comunista*. Buenos Aires: Pleamar.